

punto de la entrevista en que lo hemos dejado, y escribe: «Estas palabras son demasiado graves, señor ministro, para no detenerme en ellas un instante antes de continuar mi narración. ¿Pronunció el Sr. de Bismarck realmente esas palabras ante sir Andrés Buchanam? Ya comprenderá Vuestra Excelencia que no puedo asegurarlo; pero lo que sí puedo afirmar es que me las ha dicho á mí, por decirlo así, literal y textualmente, y que me las ha citado como respuesta suya al embajador de Inglaterra.» La conferencia se prolongó mucho rato todavía, entre lisonjas y halagos de todas clases. Bismarck anunció que el general De Roon, ministro de la Guerra, se disponía á partir para el campo de Chalóns, y dijo que el gobierno prusiano no dudaba de que Su Majestad le dispensaría amable acogida; pero añadió que Berlín agradecería mucho más que el emperador de los franceses se dignara designar á algún oficial general para que asistiera á las maniobras de otoño. «Y aun habría algo mejor, agregó después de una pausa, y sería que con ocasión de las maniobras se congregaran los tres emperadores... Esta reunión, prosiguió diciendo el primer ministro, extremando sus halagos y condensando en una sola frase su pensamiento, sería el *sueño dorado de mi rey*.» Después de tal efusión, todo lo demás habría sido superfluo: «De fijo van á creer que conspiramos,» dijo Bismarck, acercándose poco á poco á los demás convidados. Al día siguiente, el canciller partió de nuevo hacia el Norte, y Gramont, de regreso en Viena, consignó en una larga comunicación á su gobierno lo que acabamos de relatar (1).

Mientras el despacho de Gramont llegaba á París, el general De Roon, ministro de la Guerra, encaminábase hacia el campo de Chalóns. El rey le había dado personalmente sus instrucciones, y deseaba que la misión conservase su carácter militar: «Ha de servir sobre todo, añadía, para *documentar* nuestras intenciones amistosas.» Sin embargo, previendo el soberano el caso en que Napoleón llevara la conversación al terreno de la política, decía: «En este caso, debéis expresar al emperador de los franceses el deseo de ver que mis relaciones con él sean cada día más íntimas, más cordiales, pudiendo agregar á estas seguridades vuestras aspiraciones personales; pero (y en esto se manifestaba la reserva) guardaos bien de decir nada que el Austria no pueda saber, porque no tenemos la certeza de que vuestras palabras no serán repetidas en Viena.» El general De Roon aprovechó en gran manera su viaje: se detuvo en Nancy, en donde visitó los cuarteles y todo cuanto en aquella ciudad, entonces muy pacífica, podía interesar á un militar; y luego hizo una excursión rápida á Cherburgo, en donde se mostró tan curioso de las cosas navales como antes de las del ejército. En el campo de Chalóns Napoleón trató con toda clase de consideraciones al enviado y á todos sus oficiales; el príncipe Humberto, en cambio, que también asistía á las maniobras, fué, según dijo Roon, *insondable*. El emperador departió con el general sobre el armamento y en particular sobre la artillería alemana, «de la que habló como inteligente, aunque con cierta vacilación;» pero no se ocupó de política y únicamente murmuró algo de Inglaterra, como había hecho Bismarck en su reciente

(1) Correspondencia inédita del duque de Gramont.

entrevista con el Sr. de Gramont: «En ella, dijo, se encuentran grandes palabras y poca acción.» ¿Era una insinuación dirigida á otros que hablasen menos y obrasen más? El día 2 de septiembre, el general, al despedirse, fué presentado al príncipe imperial que tenía en sus manos infantiles el gran cordón de la Legión de Honor y se lo entregó muy afablemente. Roon encontró «encantadora» aquella atención. ¡Encantadora! Sí, lo era, en efecto; no se hubiera podido imaginar más delicioso aparato para un general francés victorioso. «Creo, escribía Roon al salir de Chalóns, que si nuestra misión ha tenido por objeto fortalecer las buenas relaciones, el éxito ha sido completo.» Lástima que al final de la misma carta haya una frase que disminuye algo la buena impresión del resto del documento: «Los franceses nos tienen en gran consideración; *cuanto más fuertes nos vean, más nos respetarán* (2).»

He mencionado el viaje del general Roon no por su importancia política, que fué muy poca, sino porque todos esos detalles pintan perfectamente los sentimientos de Napoleón y, sobre todo, las refinadas astucias de Prusia. Por otra parte, para lo relativo á política, no necesitaba entonces el gobierno de Berlín mensajeros oficiales, puesto que tenía en París un agente inmejorable para sus planes y que no necesitaba suplentes.

Se llamaba conde de Goltz, nombre que pasará á la posteridad; fué uno de los más hábiles servidores de su patria y uno de los mayores enemigos de la nuestra, y hacía dos años que estaba acreditado en París. El rasgo dominante de su carácter era una asombrosa perspicacia, y esta facultad resultaba tanto más peligrosa cuanto que se disimulaba bajo ciertas apariencias de bondadosa sencillez y que para mejor apoderarse de nuestros secretos fingía primeramente entregar los suyos. Su principal labor había sido observar desde su origen y seguir en su desarrollo las diversas corrientes que nacían en las Tullerías, en el Palais Royal, en el muelle de Orsay y que, descendiendo de allí como de su fuente, trataban de arrastrar en sentido contrario la política imperial. A fines de 1864, la confusión reinante en la política francesa habíase exteriorizado en un nombramiento singular: el Sr. Drouyn de Lhuys, aquel amigo del Austria, aquel partidario de las ideas conservadoras, había designado para la embajada de Berlín al Sr. Benedetti, hombre de talento distinguido, pero aferrado á las opiniones contrarias á las del ministro. Si las circunstancias llegaban á ser graves, ¡qué estrecha comunión de ideas, qué íntimo acuerdo podía establecerse entre dos agentes de miras tan dispares! ¿No se perdería el beneficio de ambas políticas pasando alternativamente de una á otra? Y entre las ceremoniosas desconfianzas del ministro y del embajador, ¡cuántas ocasiones no se ofrecerían á Prusia para insinuarse! El enviado prusiano, que había comprendido bien aquella confusión y adivinado que había de ser mayor cada día, completó todos sus medios de información procurando inteligencias en la prensa y multiplicando sus relaciones en la corte, después de lo cual, elevándose por encima de todas las influencias secundarias, llegó hasta el emperador y acometió la audaz empresa de en-

(2) Véase *Denkwürdigkeiten aus dem Leben des General Grafen von Roon*, tomo II, págs. 269 y siguientes.

cerrarle en sus redes. El mejor medio de conquistar á Napoleón era llamarse discípulo suyo; y el Sr. de Goltz recogió todos los aforismos que de los labios del soberano salían, fingió tomarle por maestro y finalmente le repitió sus propias palabras, sin tomarse casi la molestia de quitarles la marca de origen. La astucia tuvo un éxito completo y Napoleón tuvo por hombre de talento claro y por político profundo al que le devolvía el eco de sus pensamientos. Así engendröse un favor llamado á crecer de día en día: el embajador formaba parte de todas las fiestas, y su condición de extranjero, lejos de inspirar reserva, parecía un motivo más para no ocultarle nada. A veces, en medio de las brillantes recepciones imperiales, el Sr. de Goltz parecía perplejo y ensimismado: ¿qué era lo que saboreaba más, el genio del emperador ó la belleza de la emperatriz? Gracias á esta oportuna admiración, se consolidó la consideración de que gozaba. A su lado, el ministro de Italia, Sr. Nigra, hacía lo mismo que él, de suerte que el pobre emperador había de verse envuelto en una doble intriga de adulaciones y de sofismas, á la que no le sería dado substraerse. A principios de 1865, es decir, un año antes de Sadowa, todavía duraban esos disimulados manejos; pero el Sr. de Goltz era ya uno de los hombres más admirados en sociedad, y como diplomático era uno de los más aptos para triunfar allí donde otros seguramente fracasarían.

Este personaje, tan listo, tan atento observador de las cosas francesas, demostró, al parecer, mayor audacia que el mismo Bismarck, pues mientras éste apelaba á mil procedimientos que prepararan la acción común, pero todavía rechazaba ó aplazaba todo lo que pudiese significar un compromiso, el Sr. de Goltz, adelantándose á su jefe, no estaba lejos de creer que había llegado el momento de unirse á la corte de las Tullerías, aconsejaba á su gobierno una inteligencia general ante futuras eventualidades, y hacía observar que si se quería una avenencia, más valía apresurarla que retrasarla, porque después de una ruptura con Austria, Francia se haría pagar más cara su cooperación. Bismarck no profesaba gran afecto al Sr. de Goltz á quien conceptuaba más independiente de lo que debe ser un subordinado y en quien sospechaba un adversario y acaso un rival. Mas, á pesar de estas desconfianzas, ¡cuán valiosas eran aquellas informaciones! No obstante, el primer ministro habría de contar con las vacilaciones del rey, con las repugnancias de la corte y con la oposición de los ultrac conservadores. La alianza con Austria era muy reciente, y aunque en extremo frágil, todavía no había sido denunciada; es más, todavía se hacían ambas potencias recíprocas protestas oficiales de amistad. Pactar entonces una nueva alianza y precisamente contra Austria, era jugar demasiado cínicamente con dos barajas, lo que, descubierto tarde ó temprano, redundaría en perjuicio del jugador. En un curioso despacho de 20 de febrero de 1865 dirigido al Sr. de Goltz, Bismarck expuso las razones que le movían á retardar el paso decisivo: «Si las negociaciones que Vuestra Excelencia propone diesen buen resultado, el término de las mismas habría de ser un convenio en buena y debida forma; y este tratado, ¿no tendría, por ventura, más inconvenientes que ventajas?» El presidente del Consejo, suponiendo que el emperador abrigaba segundas intenciones, y

muy refinadas, temía que, una vez firmado el convenio, la corte de las Tullerías cediera á la tentación de revelar, después de lo cual Prusia, desacreditada á los ojos de Rusia y de Inglaterra y sospechosa á los ojos de Alemania, no contaría con más apoyo que con el de Francia y se hallaría á merced de ésta. Y añadía con curiosa franqueza y á fuer de hombre que no se hace ilusiones: «Francia se volvería contra nosotros así que sus intereses lo exigieran, y nosotros haríamos otro tanto en cuanto se presentara una ocasión.» ¿Quería esto decir que el primer ministro rechazaba la alianza francesa? De ser esto cierto, su inconsecuencia habría sido grande, puesto que todos sus amables procedimientos,



El conde de Goltz

todas sus insinuaciones tendían á facilitarla. Lo que quería Prusia, decía, era la adquisición íntegra de los ducados, bien por medio de anexión directa, bien por una especie de mediatización que á ella equivaliese. Que Austria rehusara esta solución, esta *solución equitativa*, como decía el hombre de Estado prusiano, y aquel mismo día la alianza francesa se convertiría en *áncora de salvación* (1).

IV

Mientras Bismarck preparaba la alianza italiana y se aproximaba á Napoleón, aunque con alternativas de desconfianza, agravábase la contienda entre Berlín y Viena y se agravaba lentamente, á la manera alemana, es decir, en medio de toda clase de notas, contranotas y memorándums. De entre estos documentos cancillerescos, llenos de argucias y de sutilezas y más parecidos á disertaciones de procurador que á papeles políticos, surgía á veces algún despacho más enérgico que

(1) Despacho de Bismarck al Sr. de Goltz, de 20 de febrero de 1865. (Véase Sybel, *Die Begründung des deutschen Reiches durch Wilhelm I*, tomo IV, págs. 73 y sig.)

resonaba con eco belicoso de un extremo á otro de Alemania; y aunque después de cada uno de estos escándalos sobrevenían explicaciones y hasta desautorizaciones, no tardaban en producirse nuevas disputas. De este modo, por etapas, se iba hacia el conflicto.

El día 14 de enero de 1865, el rey Guillermo había abierto las Cámaras, y después de haber «alzado humildemente su corazón á Dios,» según costumbre de los Hohenzollern, dejó traslucir algunos de los planes que había concebido para la grandeza de Prusia, anunciando peticiones de créditos para el desarrollo de la marina, palabras que hicieron pensar á todo el mundo en Kiel, y desenvolviendo el proyecto de establecer un canal de unión entre el mar del Norte y el Báltico, con lo que descubría nuevamente sus propósitos respecto de los territorios conquistados. Iguales aspiraciones se manifestaron aún más claramente cuando asumió para su país el honor de proteger las fronteras del Sleswig-Holstein. En cuanto á la suerte definitiva de los ducados, el monarca no pareció acordarse del voto que los plenipotenciarios austriacos y los mismos prusianos habían formulado en otro tiempo en Londres, en favor de Augustemburgo, hablando de la cuestión de herencia como si ésta no hubiese sido prejuzgada por ningún debate precedente y diciendo que el litigio había sido sometido al examen de los *Síndicos de la Corona* y que no había más que esperar su decisión que seguramente no tardaría en ser conocida.

Bismarck se encargó de dar una forma concreta á esas declaraciones vagas y generales: en efecto, habiendo mostrado Austria grandes deseos de llegar á una solución definitiva, el primer ministro dirigió al Sr. de Werther, embajador del rey Guillermo en Viena (1), un despacho en el que enumeraba los servidumbres que el gabinete de Berlín pensaba imponer al futuro soberano de los ducados. Prusia no se oponía de ningún modo á que el Sleswig-Holstein se constituyera en Estado independiente, pero se adjudicaba el mando del ejército y también el de la escuadra, y además las aduanas, los correos y los telégrafos, aparte de que habría de ser dueña del canal que debía construirse entre ambos mares. Y aun no era esto todo, sino que por añadidura Rendsburgo, erigida en ciudad federal, sería ocupada por una guarnición prusiana; y, por último, el rey Guillermo, obligado á ello por las necesidades de la defensa militar, exigiría ciertas adquisiciones territoriales que, detalladas en su más mínima expresión, llenaban media página. Era el programa desarrollado poco hacía ante el duque de Augustemburgo, pero expuesto ahora en serio y con toda la gravedad del estilo diplomático. Cuando en Viena se enteraron de aquel formidable pliego de condiciones, todo el mundo comprendió que aquellas exigencias equivalían á una demanda de anexión pura y simple; una cosa, sin embargo, tranquilizó, y fué el tono mismo en que estaba redactado el documento y que por su exageración rayaba en bufonería. Aquel lenguaje intemperante, decíase en Viena, denunciaba á Bismarck, á ese ministro desequilibrado, falto de tacto y de prudencia, que algún día sucumbiría seguramente ante la reprobación de la Cámara, los escrúpulos del rey y el empuje violento de la opinión pública: entonces,

(2) Despacho de 22 de febrero de 1865.

una vez desaparecido el gran fautor de perturbaciones, no tardaría en renacer por sí sola la buena armonía.

La misión de contestar á aquel documento fué confiada á la Confederación germánica. En 27 de marzo de 1865, los gobiernos de Baviera, de Sajonia y del Hesse electoral pidieron á la Dieta que formulase el deseo de que el duque Federico de Augustemburgo fuese puesto en posesión del ducado de Holstein; y los debates que con este motivo se sostuvieron pusieron por vez primera en completa evidencia el antagonismo entre Austria y Prusia. El día 6 de abril fué aprobada la proposición por nueve votos contra seis: el Austria recuperaba sus ventajas, pero no tardó en arrepentirse de su pasajera energía, y dejando que todo quedara en suspenso, se abstuvo de explotar las consecuencias de su triunfo.

Aquella timidez era en extremo beneficiosa para Prusia, la cual se instaló en los ducados como pudiera hacerlo un propietario que meditase una ocupación permanente. La prensa berlinesa no pronunció el nombre de Augustemburgo sino acompañado de toda suerte de comentarios despreciativos, y en el Sleswig-Holstein los comisionados austriacos y prusianos no solamente obraban sin ponerse de acuerdo sino á menudo en sentido contradictorio. En esto, los *Síndicos de la Corona*, á quienes se había olvidado un poco, publicaron su consulta, abundante en notables descubrimientos: ni el príncipe de Augustemburgo, por quien Alemania había hecho la guerra, ni el gran duque de Oldenburgo tenían derecho alguno sobre el Sleswig-Holstein, como tampoco lo tenía la casa de Brandeburgo. Por más que los comisionados habían buscado, el resultado de sus investigaciones era que los ducados no tenían otro soberano legítimo que el rey Cristián IX. Demostrado esto, parecía natural que se reintegrara al monarca dinamarqués en la posesión de los ducados que le habían sido arrebatados; pero al llegar aquí aparecía en toda su belleza la lógica alemana: siendo Cristián IX el único dueño legítimo del Sleswig-Holstein, sólo él había podido cederlo, y como por el tratado de Viena lo había válidamente cedido á Austria y á Prusia, estas potencias, subrogadas á Cristián IX, eran las propietarias de los ducados con exclusión de todas las demás.

Aquel momento fué uno de los más críticos en las relaciones entre ambas cortes. Desde el punto de vista material, poco le importaban al Austria aquellos lejanos distritos, situados á orillas del Báltico; pero si se dejaba postergar por Prusia, ¿qué sería de su ascendiente en Alemania? La situación entre ambos Estados era extraordinaria: la alianza subsistía oficialmente, y, sin embargo, hablábase ya de la guerra. El rey Guillermo estaba tomando las aguas de Carlsbad y en aquella pequeña población austriaca forjábanse las protestas contra el Austria, de suerte que Francisco José tenía por huéspedes á los que se apercebían á combatirle. Bismarck había acompañado á su soberano, y como si estuviera en vísperas de una ruptura, usaba un lenguaje altanero y violento: «Austria debe ceder en todo, decía delante del Sr. duque de Gramont, porque nosotros no cederemos; si quiere continuar siendo nuestra aliada ha de dejarnos sitio.» Las palabras del hombre de Estado prusiano eran repetidas en Viena, en donde causaban gran turbación; sin embargo, el gobierno austriaco es-

taba ó quería estar persuadido de que Bismarck era intérprete infiel ó exagerado del programa del rey y con esta esperanza tendía á tranquilizarse.

La cadena que unía á los dos pueblos se fortaleció en el momento en que iba á romperse, siendo esta reconciliación obra, sobre todo, de los dos monarcas, personalmente unidos por estrechos lazos de amistad. En su consecuencia, firmóse un arreglo que substituyó á la división, considerada imposible, un reparto provisional de los territorios conquistados, siendo adjudicado al Austria el Holstein y el Sleswig á Prusia, hasta ulterior acuerdo. En cuanto al ducado de Lauenburgo, su suerte quedó definitivamente fijada por la venta que de él hizo Francisco José á su aliado. Prusia había tenido la habilidad de introducir en el tratado todas las cláusulas que preparaban su futura dominación: derecho de ocupar y fortificar Kiel; derecho de conservar dos caminos militares al través del Holstein; derecho de hacer entrar á los ducados en el Zollverein, y derecho de construir el canal del mar del Norte al Báltico. El mismo Holstein, minado completamente por las influencias prusianas, parecía haber quedado en poder de Austria por tolerancia pasajera, en tanto que llegaba el momento de la absorción total. A este singular arreglo había venido á parar la cuestión danesa. Todos habían quedado igualmente burlados: la Dieta, de la que se hacía caso omiso; los ducados, que se dividían en dos porciones, después que se había hecho la guerra para asegurar su unión indisoluble, y el Austria, que disimulaba malamente su contratiempo bajo las engañosas apariencias de un reparto. El tratado se firmó en 14 de agosto de 1865 y llevó el nombre del lugar en donde había sido concertado, siendo llamado el *Tratado de Gastein*. Este convenio aplazaba la ruptura, pero no suprimía ninguna de las causas del conflicto: así lo estimó Bismarck que acababa de firmarlo. Había llegado para el primer ministro prusiano la hora no de reducir sus ambiciones, sino de ampliarlas; y entonces se fijó de nuevo en Francia.

V

Al día siguiente de haber firmado el tratado de Gastein, el primer ministro prusiano, entregado en cuerpo y alma, no á la reconciliación, sino á la guerra, creyó conveniente interrogar, y esta vez directamente, al que era árbitro de permitirlo ó de prohibirlo todo. El año anterior había visitado las playas de Vizcaya y encontrado en aquella excursión tanto placer como confortación; y en 1865 decidió repetir el viaje sin ninguna misión oficial, como turista más bien que como diplomático. Precisamente la corte se había trasladado allí para pasar el otoño. El día 4 de octubre, Bismarck llegó á Biarritz.

Siete años antes, en 1858, en la hora más decisiva de su vida, Cavour había dicho á sus confidentes íntimos: «Quiero saber lo que hay dentro de la cabeza del emperador;» y se había marchado á Plombières. Es imposible que Biarritz no recuerde Plombières y que al nombre de Bismarck no se asocie el de Cavour; pero, por grandes que sean las semejanzas aparentes, la comparación no debe admitirse sin reservas, porque llevada al extremo dejaría de ser exacta. Como su predecesor, presentábase

Bismarck en territorio de Francia para actuar de tentador; el piemontés y el prusiano estaban dominados por la misma ambición, la de unificar en provecho propio á su patria fraccionada; uno y otro tenían el espíritu ancho y la conciencia también, y para ambos Napoleón venía á ser la pieza principal del gran tablero en que se jugaba su fortuna, siendo inútil empeñar la partida si esta pieza no se movía á su antojo. Pero aquí cesaba el parecido. Cuando Cavour se presentó en Plombières, llevaba allí el prestigio incontestado de su largo ministerio; su grandeza personal compensaba la mediocridad de su país, y no había de temer ni una oposición seria de sus compatriotas ni una desautorización de su rey. Bismarck, aunque representante de una potencia mayor que la que representaba Cavour, no gozaba de tanta consideración como éste; pues en Europa sus audacias parecían temeridad y sus osadías de lenguaje presunción desmedida, y se apreciaba su talento más que se confiaba en su discreción, produciendo su personalidad la impresión equívoca de un Richelieu que podía acabar en Alberoni. En la misma Prusia, los que rodeaban al príncipe no le querían bien; la corte le miraba con malos ojos, estaba en hostilidad abierta con las Cámaras, y era, en una palabra, de aquellos que son tributarios de la fortuna y á quienes un fracaso puede hacer caer para no levantarse más. Por otra parte, las circunstancias no eran tan favorables á Bismarck como lo habían sido á Cavour: en efecto, llegaba á Biarritz á raíz de firmarse el tratado de Gastein, y este convenio, que vulneraba lo mismo el derecho público antiguo que el moderno, había causado en Francia penosa sorpresa, hasta el punto de que el Sr. Drouyn de Lhuys, en una circular de 29 de agosto, divulgada por una indiscreción de la prensa belga, había expresado en términos duros su desaprobación, y de que el emperador, al regresar de Chalóns hacía poco, había manifestado, aunque con palabras más suaves, su disgusto al señor de Goltz. Estas impresiones recientes eran las que el hombre de Estado prusiano se exponía á encontrar en el ánimo de Napoleón. Además, el negociador era menos autorizado y la causa despertaba menos simpatías; cuando Cavour fué á Plombières para abogar por Italia, tuvo por cómplice el alma misma del emperador; en cambio, Prusia, á pesar de las muestras recíprocas de afecto, no era una amiga tan apasionada, y aun muchos dudaban de que pudiera ser nunca una amiga. En 1858 Cavour había sabido convencer al emperador de que el Piemonte ensanchado sería para él un auxiliar indefectible y por añadidura ofrecía á Francia una rectificación de fronteras que halagaría el amor propio nacional, y al soberano una alianza regia que había de herir en lo más sensible su orgullo de advenedizo; Bismarck, en 1865, para encadenar al emperador á sus planes, sólo podía explotar la antipatía común contra el Austria y dejar entrever la perspectiva de beneficios vagos obtenidos en muchas partes, pero sin concretar ninguno. En Plombières la alianza había sido tan bien preparada, que por sí sola se habría llevado á cabo; en Biarritz la situación de los dos gobiernos era singularísima. Las dos partes querían llegar á una inteligencia, pero con la condición de no comprometerse: el negociador prusiano estaba facultado para enseñarlo todo, pero sin entregar nada, debiendo ser excesiva toda promesa que

no pudiera ser desautorizada; y el emperador, por su parte, mientras daba oídos á proposiciones de avenencia, prevenía complicaciones demasiado vastas para enajenar anticipadamente su libertad. Bismarck, y en esto estribaba la originalidad de su papel, era embajador de un príncipe que, por temor de ser engañado, vacilaba en dar garantías, y se presentaba delante de un príncipe que habría titubeado en aceptarlas, tan esperanzado estaba de que mucho más habían de darle los acontecimientos y su buena suerte.

Inútil sería, por consiguiente, buscar en las conferencias de Biarritz estipulaciones concretas como las que se convinieron en Plombières; no hubo allí más que un cambio de ideas, si bien entre actores tan poderosos para perturbar ó tranquilizar al mundo, que toda palabra salida de sus labios era grabada en la memoria.

El mismo día de su llegada fué recibido Bismarck por el emperador. En la pequeña corte de Biarritz, el diplomático más mimado por los soberanos y el más admitido en la intimidad de la tertulia imperial y en la familiaridad de la emperatriz, era un prusiano, el señor de Goltz, y después de él otro prusiano, secretario de la embajada, el Sr. de Radowitz. Este testimonio de benevolencia pareció de buen agüero al canciller, el cual pensó que se había desvanecido decididamente el desagradable recuerdo del tratado de Gastein. Esta impresión no fué desmentida por las primeras palabras de Napoleón, quien si habló de aquel tratado fué no tanto para recriminar á Prusia como para disculpar la circular del Sr. Drouyn de Lhuys: «Siento, dijo, que se haya publicado este documento y desearía que fuese considerado como nulo.» Bismarck tomó nota de este disgusto aunque sin creer mucho en él, porque el Sr. Rouher, á quien dos días antes viera en París, le había afirmado que el emperador había tenido conocimiento del despacho y lo había aprobado. «El tratado de Gastein, añadió, ha desagradado aquí por dos razones: primera, por el convencimiento de que la aproximación de las dos potencias alemanas no era sino el preludio de una coalición contra Francia; y segunda, porque se juzgó que el Austria no habría hecho á Prusia tantas concesiones si no hubiese obtenido en cambio alguna ventaja secreta.» La conversación, hasta entonces bastante trivial, tomó, á partir de aquel momento, un carácter más concreto. El soberano, con acento más emocionado que de costumbre y con cierta solemnidad de lenguaje, interpelló á su huésped diciéndole: «¿Podéis afirmarme en conciencia que no habéis garantizado, en una ú otra forma, al Austria la posesión de Venecia?» La sequedad de la pregunta y el tono casi ansioso del emperador demostraban la importancia que éste había de dar á la respuesta. Bismarck se apresuró á disipar todo temor: «Nada de esto se ha estipulado, dijo, y no tardará en quedar demostrada nuestra sinceridad. Además, ¿cómo habríamos contraído un compromiso que podría arrastrarnos á la guerra sin ningún provecho para nosotros?» Tranquilizado sobre este particular, Napoleón habló amistosamente: «Prusia y Francia, dijo, son las dos naciones que tienen más idénticos intereses, y día vendrá en que sellaremos con algún acto positivo nuestras mutuas simpatías;» y sin concretar nada, dejó entender que esta eventualidad pudiera estar próxima. Luego volviendo, á los ducados, preguntó: «¿Cuá-

les son vuestras intenciones respecto del Holstein?—Pensamos apropiárnoslo, respondió resueltamente Bismarck, asegurando, si es preciso, al Austria una indemnización pecuniaria.» Dicho lo cual, esforzó en probar que el engrandecimiento territorial no era gran cosa y no merecía despertar celos; que Prusia, extendiéndose hacia el mar del Norte y el Báltico, se vería obligada á aumentar considerablemente sus fuerzas marítimas; y que los gastos de esta ocupación serían muy superiores á los modestos beneficios de la conquista. El emperador asintió á estas manifestaciones, sea porque el razonamiento le pareciese bueno, sea porque desdeñara todo debate sobre asunto tan mezquino. Entonces el primer ministro del rey Guillermo, animado por aquella tolerancia, aventuróse á provocar las confidencias del soberano, exponiendo para ello sus propios planes: «La adquisición de los ducados, dijo en substancia, no es sino el comienzo. Nuestro Estado alemán tiene, por derecho histórico, una gran misión que llenar; y en el cumplimiento de lo que á nuestros ojos es un deber, contamos con la actitud amistosa de Francia. El mayor interés del gabinete de las Tullerías está en favorecer la misión nacional de Prusia: una Prusia vigorosa se aproximará naturalmente á Francia; una Prusia miserable se verá obligada, por el contrario, á buscar en el centro y en el Norte de Europa aliados contra su poderosa vecina del Oeste.» Napoleón había escuchado á Bismarck sin interrumpirle, y cuando éste hubo terminado, limitóse á replicar que aquellas consideraciones eran ciertas y dignas de una atención simpática. El hombre de Estado prusiano se hacía la ilusión de que descubriendo sus propósitos ambiciosos provocaría una confianza análoga; de modo que tal vez quedó un poco desencantado cuando oyó aquella sobria respuesta. Pero, aun formulada en aquellos términos generales, ¡cuán valiosa no era la adhesión!

La vida de Biarritz, exenta de etiqueta, favorecía las entrevistas, y más de una vez se reprodujo aquella conversación ante las miradas atentas de la pequeña corte. Las atrevidas miras de Prusia, la creciente rivalidad de las dos potencias alemanas, la personalidad de Bismarck, gran hombre para unos, político digno de burla según otros, y á quien se observaba con tanta más curiosidad cuanto más discutido era, todo daba á la presencia del primer ministro las proporciones de un acontecimiento. De todos los invitados, ninguno, siquiera fuese de raza de príncipes ó de sangre real, llamó tanto la atención como él. Hasta su llegada, los cortesanos ocupaban los ocios de su veraneo con toda clase de temas, hablando de la salud del rey de Bélgica, que se hallaba próximo á la muerte, del reciente fallecimiento de Lamoriciere, de la boda de la princesa Ana Murat con el duque de Mouchy, boda que todavía se anunciaba en voz baja y que en opinión de todos había de producir gran sensación en el partido legitimista. Hacía muy poco, en aquella misma residencia de Biarritz, la emperatriz había ido á visitar á la niña de Emilio de Girardin que se moría de una enfermedad terriblemente contagiosa, y esta animosa visita, hecha en el domicilio de un adversario desgraciado, era objeto de numerosos comentarios. Pero al presentarse Bismarck pareció pálida toda crónica que á él no se refiriera.

Dijérase que las conversaciones, al prolongarse, se

habían desviado algo de su primordial objetivo; sea que Napoleón estuviese cansado de hablar siempre del mismo asunto, sea que deseara substraerse á interrogaciones demasiado apremiantes, es lo cierto que más de una vez procuró tocar en sus coloquios con su huésped temas muy distintos de los negocios alemanes. En una entrevista en que se trató de los principados moldo-valacos, el primer ministro hizo observar que Prusia no tenía grandes intereses á orillas del Danubio y que su regla de conducta era evitar toda contienda con Rusia, observación cuya prudencia aprobó el emperador. Esto no obstante, el soberano se entretuvo hablando largo rato de este asunto, no porque le interesaran los principados, sino por la posibilidad de que esta cuestión encerrara la clave para indemnizar al Austria, la cual, en cambio, renunciaría á Venecia. De Venecia se pasó á hablar nuevamente de Prusia y el emperador persistió en su misma actitud, y si bien con sus palabras alentó á su interlocutor, haciéndole esperar en su protección, rehuó el tomar un acuerdo concreto respecto de la época y del objeto de su concurso, y más de una vez repitió la siguiente frase: «Las circunstancias no hemos de hacerlas nosotros; hemos de dejar que se presenten y entonces ajustaremos á ellas nuestras resoluciones.»

El día 11 de octubre Bismarck se despidió del emperador, y el mismo día, en una memoria dirigida á su rey, resumía la impresión general de su viaje en estos términos: «De las observaciones que he hecho deduzco que la actual opinión de la corte imperial nos es singularmente favorable (1).» Los que esto lean se sorprenderán quizás de esta satisfacción y, buscando en vano alguna estipulación concreta, considerarán que aquella famosa entrevista, objeto de tantos comentarios, no merece la curiosidad que despertó entre los contemporáneos. Pero, mirando el fondo de las cosas, se ve que el optimismo de Bismarck no era infundado, pues aunque no llevaba á su país ninguna promesa positiva, de su trato directo con Napoleón había sacado (y este era el verdadero resultado de su viaje) dos enseñanzas que habían de guiarle en sus planes ulteriores.

La primera se refería á la política general del emperador y desde este punto de vista las conferencias habían sido notables no por lo que el monarca había dicho, sino por lo que había dejado decir: cuando Bismarck le desenvolvió sus propósitos sobre los ducados, de sus labios no había salido una sola objeción; cuando, envalentonándose más, proclamó la misión histórica de Prusia, le había permitido proseguir hasta el final tranquilamente, sin interrumpirle, á modo de teórico que juzga una tesis, no como soberano que piensa en su país; y cuando, espontaneándose por completo, se atrevió á pedirle no sólo que no combatiera sus ambiciones, sino además que las favoreciera, su previsión embotada no se había despertado y había limitado á diferir la alianza. ¡Cuán alentador era aquel silencio! Napoleón podía dominar todas las ambiciones, reprimir todas las codicias con una sola palabra, clara y terminante, y Bismarck salió de Biarritz con la firme esperanza de que aquella palabra decisiva, salvadora para la

(1) Memoria al rey Guillermo, de 11 de octubre (Sybel, *Die Begründung des deutschen Reiches durch Wilhelm I*, tomo IV, págs. 213 y siguientes).

paz del mundo, no sería pronunciada. Que, una vez estallado el conflicto, Napoleón se ingeniara para aprovecharse de él; que observaría entre ambos rivales una conducta refinadísima, y que especularía de antemano con el agotamiento de uno ó de otro, eran cosas posibles y hasta verosímiles; pero fuesen cuales fueren las obscuridades para el porvenir, el ambicioso no se vería detenido bruscamente en un principio y tendría licencia para seguir adelante. Esto era lo que había aprendido Bismarck durante su rápida excursión por las playas vizcaínas, y esta persuasión se afirmó aún más cuando, al pasar de nuevo por París, volvió á ver á Napoleón, el cual después de haberle repetido que era menester esperar las circunstancias, añadió con muy marcada benevolencia: «Que me escriba el rey confidencialmente en cuanto parezca que los acontecimientos exigen un acuerdo más completo.»

Esta era la primera enseñanza; he aquí ahora la segunda.

Bajo el rostro impassible del emperador, Bismarck había podido adivinar un deseo ardiente hasta la pasión: en un asunto, en uno solo, manifestaba una solicitud llena de emoción, á saber, en lo relativo á la suerte de Venecia. Hablando con el jefe del gabinete de Berlín del Tratado de Gastein, habíase interesado sobre todo en si Prusia había garantizado al Austria sus posesiones italianas; si su mirada se fijaba en los principados danubianos, era con la esperanza de encontrar en ellos una compensación posible por las provincias vénetas; y en una guerra entre las potencias alemanas vislumbraba la independencia de Italia hasta el Adriático, y esto solo le hubiera hecho desear con poco empeño la paz. En la mente del emperador agitábase muchas ideas confusas; pero de entre estas tinieblas surgía una idea fija y muy clara, que brillaba como un fanal al través de las sombras de la noche, y era la de la reconquista de Venecia. Cualquiera, aun con menos sagacidad que Bismarck, habría explotado esta pasión. Cuando se quiere conquistar el favor de un padre, se ofrece un regalo á sus hijos: el emperador tenía una hija, y muy querida, Italia, y esta hija deseaba Venecia, la más suntuosa de sus joyas; quien diera esta joya á la hija conquistaría el corazón del padre. Tiempo hacía que Bismarck sospechaba esto; después de su estancia en Biarritz, la sospecha se convirtió en seguridad; así es que, al pasar nuevamente por París, una de sus primeras visitas fué para el Sr. Nigra. En aquel entonces, el hombre de Estado prusiano se decía: «Si Italia no existiese, sería preciso inventarla.»

VI

De todas las negociaciones del siglo XIX ninguna ofrece tan complicado aspecto como la de la alianza pruso-italiana. En el momento en que Bismarck, sabiendo ya á qué atenerse respecto de los verdaderos intereses de su país, se orientaba resueltamente hacia Italia, ésta hacía gestiones para recuperar Venecia, aunque formándose la ilusión de que la misma Austria se la cedería.

Los recientes engaños del gobierno de Florencia explicaban esta evolución. A principios de agosto La Marmora había recibido la visita del Sr. de Usedom,